

PRIETO BERNABÉ, José Manuel (2004). *Lectura y lectores: La cultura del impreso en el Madrid del Siglo de Oro (1550-1650)*. Mérida: Editora Regional de Extremadura, 2 vols.

El libro, considerado a partir de su continente, se ha venido estudiando durante los últimos cuarenta años a través de tres circunstancias principales: en primer lugar, en relación con el proceso de producción, es decir, atendiendo al autor del libro, al trabajo del copista o del impresor, a la estructura del libro y al valor de éste como objeto; en segundo lugar, en relación con el proceso de distribución, esto es, el análisis de las librerías y de los libreros, de la censura, de los legados librescos, de las compras en almonedas y de los préstamos, y, en tercer lugar, en relación con el proceso de posesión, particularmente el referido a la sociología de los lectores y al tamaño, precio, ubicación y contenido de las bibliotecas particulares.

La historia del libro había sido tradicionalmente un territorio dominado por la erudición descriptiva de los archiveros, bibliotecarios, libreros, bibliófilos, filólogos y anticuarios, pero a partir de la obra de Lucien Febvre y Henri-Jean Martin, *L'apparition du livre* (1957), se inició una vía de investigación basada en el análisis en «longue durée» de la problemática económica, social y cultural relacionada con el libro. La influencia de la sociología y la aplicación del método cuantitativo fueron las principales características de toda una serie de estudios que sobre este tema se llevaron a cabo en Francia durante los años sesenta y setenta. Autores como François Furet, Daniel Roche, Jean Queniat, Robert Estivals o Frédéric Barbier son los más destacados representantes de esta historia del libro «a la francesa», dedicada especialmente a investigar la historia de la producción impresa y la desigual distribución del libro en la sociedad. Esta nueva metodología comenzó a ser experimentada en esta parte de los Pirineos durante la década de 1980, en parte, gracias al impulso de los hispanistas franceses y, también, como consecuencia del estableci-

miento en diversos departamentos universitarios de líneas de investigación relacionadas con el ámbito de la cultura escrita.

Las nuevas corrientes de inspiración francesa estimularon la estacionaria historia del libro en España. El año 1980, con la celebración del coloquio en la Casa de Velázquez de Madrid «*Livre et lecture en Espagne et en France sous l'Ancien Régime*», supuso un punto de inflexión. A partir de entonces, proliferaron los congresos, las reuniones científicas, los artículos y los dosiers que las revistas universitarias —muchas de ellas acabadas de crear— dedicaban a la temática del libro. A partir de mediados de los años ochenta, empezaron a aparecer los primeros estudios, émulos de la metodología francesa, dedicados al análisis de la difusión y el uso social del libro. Estos trabajos acostumbraban a tener la ciudad como marco y se construían a partir de los protocolos notariales, particularmente de los inventarios *post mortem*, los testamentos y las almonedas. Medir el consumo del libro entre los diferentes sectores sociales a partir de los inventarios de bienes, con o sin referencias librescas; analizar el contenido de las bibliotecas a través de la identificación de los libros que se relacionan en los inventarios; determinar el lugar dentro de la casa donde se conservaban los libros, y rastrear las compras de los ciudadanos a partir de las subastas públicas y los préstamos o las herencias mediante los testamentos, han sido los objetivos principales de esta línea de investigación, que se ha concretado en diversas tesis doctorales o estudios monográficos. Algunas de las principales monografías que han participado de este impulso historiográfico serían las obras de Julio Cerdá, *Libros y lecturas en la Lorca del siglo xvii* (1986); Philippe Berger, *Libro y lectura en la Valencia del Renacimiento* (1987); Ángel Weruaga, *Libros y lectura en Salamanca del Barroco a la Ilustración (1650-1725)*; Genaro

Lamarca, *La cultura del libro en la época de la Ilustración. Valencia, 1740-1808* (1994); Manuel Peña, *El laberinto de los libros: Historia cultural en la Barcelona del Quinientos* (1997); Manuel Pedraza, *Lectores y lecturas en Zaragoza (1501-1521)* (1998); Miguel Ángel Casasnovas, *Biblióqueres, llibres i lectors: La cultura a Menorca entre la Contrarreforma i el Barroc* (2001), o Ricardo Luengo Pacheco, *Libros y lectores en Plasencia (siglos XVI-XVIII)* (2002).

Dentro de esta línea historiográfica y metodológica, la obra de José Manuel Prieto, miembro del Departamento de Historia Moderna en el Instituto de Historia del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, llega casi a los límites que este procedimiento de investigación permite, reduciendo al mínimo la inherente anfibología del mismo. La monumental *Lectura y lectores: La cultura del impreso en el Madrid del Siglo de Oro (1550-1650)*, que, singularmente, edita la Junta de Extremadura, obtuvo en 2001 el IV Premio de Investigación Bibliográfica «Bartolomé José Gallardo», convocado por el Ayuntamiento de Campañario (Badajoz), aunque se fundamenta en la tesis doctoral que el autor defendió en la Universidad Complutense de Madrid el año 1999. En los dos volúmenes que ocupa esta monografía, se recogen algo más de mil páginas y se da hospedaje a un breve prólogo que firma Fernando Bouza. La obra se abre con una introducción justificatoria y sigue con una primera parte donde se recogen tres apartados que giran en torno a la «Capacidad de lectura y conocimiento del libro en Madrid (1550-1650)». Este argumento ocupa todo el primer volumen. El segundo volumen, además de acoger los siete capítulos de la segunda parte, titulada «Reparto social de la lectura madrileña», da cabida a unas conclusiones, una extensa bibliografía y un apéndice.

En la introducción, Prieto establece claramente los objetivos de su investigación: «conocer cuántos y quiénes leían en Madrid entre 1550 y 1650, y, paralelamente, desentrañar el contenido temático de sus cole-

ciones librarias, para discernir qué es lo que leían las distintas categorías sociales y cuáles eran las materias o disciplinas literarias más atesoradas en sus respectivas bibliotecas». Sin que la elección del marco espacial y cronológico tengan mayor secreto que el de coincidir con la capital de la Monarquía Hispánica y con ese Siglo de Oro que permite un análisis de «tiempo largo», la principal fuente que se utiliza para desentrañar este propósito es la documentación notarial del Archivo Histórico de Protocolos de Madrid, un enorme depósito donde se guardan sin orden las actividades de la vida cotidiana de los madrileños que requerían ser escrituradas. De los 9.508 protocolos que existen para los 101 años considerados, Prieto se atrevió a trasherjar 2.977, después de una cualitativa y cuantitativa selección, sensible a la calidad de la clientela de los notarios y conforme con el aumento de la población que experimentó Madrid durante ese lapso de tiempo. Una vez introducidos los correctivos a la representación, Prieto recolecta, por encima de todo, inventarios *post mortem* y, en menor medida, particiones, escrituras de capital, cartas de dote, almonedas, tasaciones y testamentos. De las 4.126 escrituras notariales consultadas, 1.307 corresponden a registros en donde aparecen referencias a libros, aunque de éstos, sólo en 667 se describen con detalle. Más de la mitad de las escrituras que atestiguan libros pertenece a las élites económicas y culturales y una sexta parte corresponde a individuos con una actividad socioprofesional indeterminada. Todas las bibliotecas consideradas han permitido a Prieto identificar 128.286 títulos y 148.459 volúmenes, de los cuales ha podido clasificar por materias 98.074. A partir de este enorme material cuantificable, las dos partes siguientes de la obra se desarrollan siguiendo el ritual de análisis de este tipo de estudios.

La primera parte dedica un capítulo a analizar el neblinoso campo de la práctica de la lectura y el polémico tema de la alfabetización. El primer punto es resuelto invocando las tesis de los teóricos más avezados

(P. Saenger, R. Chartier) y las pertinentes —y siempre eficaces— citas literarias de autores de la época. Como corresponde a un tema tan opinado, frente a las iniciales voces rupturistas, Prieto se inclina por avalar la tesis evolutiva y la convivencia de diferentes formas de lectura durante la edad moderna. La implantación de la imprenta, por tanto, contrariamente a las clásicas tesis de MacLuhan y Eisenstein, no supuso un triunfo de lo escrito sobre lo oral ni de la lectura en silencio sobre la lectura en voz alta, ni tampoco el sometimiento del manuscrito al impreso. Quizás, la proliferación de la lectura solitaria fue el fenómeno más innovador durante este período, aunque la extensión de la lectura autónoma implica un cierto grado de alfabetización entre la población. Prieto, a pesar de los reparos, resuelve este embarazoso asunto recurriendo al tradicional indicador firma, es decir, a la capacidad de signar de los madrileños como indicio de alfabetización. Las cifras que aporta para el período 1550-1650 —que se resumen en un 33% de firmantes— son consecuentes con los porcentajes que ya había ofrecido hace años Claude Larquié. Más objetable resulta la división socioprofesional que se traza —y que se repite a lo largo de todo el estudio—, fundamentada en criterios ajenos a los agrupamientos naturales de la época. También resulta ocioso considerar, atendiendo a los datos que supura la base de datos, que el 80% del clero y de los profesionales liberales eran capaces de firmar, cuando el sentido común dice que ninguno de ellos podía estar desprovisto de esta habilidad.

El segundo capítulo de la primera parte se dedica a describir los espacios dentro de la casa y la tipología mobiliaria que daban cobijo a los libros de los madrileños. Los libros, cada vez más apreciados por sus dueños, acostumbraban a ser cuidadosamente encuadrados, ordenados y guardados en librerías ubicadas en estancias singularizadas para este fin. Prieto, para deleite del lector, se recrea en este punto con muchísimos ejemplos. Después de analizar el continente

de los libros, se examina el contenido temático de las bibliotecas madrileñas en su conjunto. *Grosso modo*, resulta que la masa bibliográfica considerada estaba constituida por libros de derecho en un 28,3%, por libros de religión en un 27,4%, por libros de ciencias en un 12,5%, por libros de «bellas letras» en un 18,7% y por libros de historia en un 13,1%. Estas grandes divisiones temáticas son prolídicamente desgranadas y, para cada una de ellas, se incluye una relación bastante amplia de los títulos más relevantes que aparecen en las bibliotecas. Resulta también que la mitad de estos libros que consumían los madrileños estaban escritos en castellano, el 41,6% en latín y el 4,9% en italiano. El resto de las lenguas que aparecen representadas atesoran unos valores poco significativos, aunque no deja de sorprender la diferenciación que el autor hace entre el catalán y el valenciano, dando pábulo a una viva polémica que tiene un cariz más político que científico. Por otro lado, los potenciales lectores son contabilizados a través de una escurridiza cifra que es el resultado de relacionar el total de inventarios *post mortem* manejados con aquellos que incluyen como mínimo un libro. En Madrid es el 31,7% de los inventarios, un porcentaje superior al que presentan ciudades como Valencia (25%), Zaragoza (22%), Valladolid (12%), Barcelona (27%) o Amiens (20%).

El tercer capítulo de la primera parte indaga sobre «los caminos de los libros», es decir, la circulación del impreso, los préstamos de libros, las herencias bibliográficas y la adquisición de bibliotecas o de volúmenes sueltos en las almonedas. Este apartado se nutre de los muchos y ricos ejemplos que aporta la documentación notarial madrileña, pero descuida un tanto las investigaciones que sobre estos temas se han desarrollado en los últimos años. Asimismo, se traza una «topografía cultural» de Madrid, de la cual resulta que las parroquias en torno al Alcázar (Santa María, San Salvador y San Pedro) eran donde se concentraban más poseedores de libros; se exponen las dificultades para analizar el precio de los libros,

pues, al margen del contenido, lo que determinaba su valor era su continente (papel, encuadernación), y, finalmente, se analiza de forma sumaria la censura y la política oficial del libro en un contexto contrarreformista, donde, a pesar de la abundancia de *Índices de libros prohibidos*, las lecturas heterodoxas no eran excepcionales entre la élite madrileña.

La segunda parte se entrega a examinar el reparto social de la lectura madrileña. A diferencia de otros estudios que privilegian la lectura sobre los lectores, Prieto, partiendo de las comunidades de lectores, analiza los contenidos temáticos de sus bibliotecas. Las agrupaciones que establece son la nobleza, el clero, el funcionariado, las profesiones liberales, los mercaderes, el artesanado y las mujeres. Para cada una de ellas desarrolla un análisis particular en los que se incluye, además de una sucinta caracterización, una cuantificación de los lectores, una valoración de los contenidos temáticos de las bibliotecas y la reproducción íntegra de entre cuatro y siete bibliotecas representativas. La regularidad de la cuantificación arroja los siguientes resultados: el 61% de los nobles poseía libros y sus bibliotecas tenían una media de 90 títulos sobre temas muy variados (historia, devoción, clásicos y de recreación); el 83% de los inventarios del clero enumeraba algún libro y la media era de 139, sobre todo de obras vinculadas con su ministerio; el 40% de los funcionarios o burócratas de la Administración poseía libros en una proporción media de 108, particularmente referidos a asuntos de derecho, religión, bellas letras e historia; entre los profesionales liberales (abogados, médicos, licenciados), el 86% demuestra tener algún libro, aunque la media de sus bibliotecas alcanza los 98 títulos, mayormente relacionados con el ejercicio de su actividad; sólo el 11% de los mercaderes tenía libros entre sus pertenencias, las bibliotecas de los cuales eran de mediana proporción (unos 56 títulos de media), aunque diversi-

ficadas y heterogéneas, pues predominaban los libros de religión, bellas letras y ciencias; el 16% de los inventarios de los artesanos tenía libros, con una media de 31 títulos, la temática de los cuales hacía referencia a variados asuntos, aunque, dentro de la dispersión, predominaban los devocionales, y, finalmente, un 23% de los inventarios de las mujeres referenciaba algún libro, sus bibliotecas tenían una media de 18 títulos, la mayoría religiosos y, en menor medida, de bellas letras, historia y derecho.

Éstos son los resultados más significativos que Prieto extrae de la vasta documentación notarial, intratable y desabrida para los advenedizos y colosal para los incautos. Es cierto que esta forma de sociología cultural retrospectiva confía plenamente en la cifra y en la serie de la encuesta histórica. También es cierto que este método fundamenta sus cálculos e inducciones en un limitado número de evidencias y los aplica después a la totalidad del objeto considerado. A pesar de éstos y otros reparos que acompañan a este tipo de estudios, las investigaciones seriales han conseguido democratizar el libro y poner de manifiesto la distancia entre la difusión de las vanguardias literarias (Humanismo y Siglo de Oro, por ejemplo) y la temática de los volúmenes conservados en las bibliotecas particulares. Mientras las obras de Lope de Vega o Miguel de Cervantes disfrutaron de una notable presencia en los anaquelés de las bibliotecas de Madrid, apenas hay rastro de las obras de Tirso de Molina, Luis de Góngora o Francisco de Quevedo. Aunque, más allá de esta certificación notarial, también es cierto que nunca sabremos qué leyeron realmente los madrileños del Siglo de Oro, pues, como el mismo José Manuel Prieto Bernabé reconoce, la lectura es incorpórea y se caracteriza «por su total abstracción».

Javier Antón Pelayo  
Universitat Autònoma de Barcelona